

COMENTARIOS AL EVANGELIO DE SAN MATEO
CAPÍTULO DÉCIMO TERCERO: 4
Padre Arnaldo Bazán

“En ellos se cumple la profecía de Isaías: Oír, oirán ustedes, pero no entenderán; mirar, mirarán ustedes, pero no verán. Porque se ha embotado el corazón de este pueblo, han hecho duros sus oídos, y sus ojos han cerrado; no sea que vean con sus ojos, con sus oídos oigan, con su corazón entiendan y se conviertan, y yo los sane” (13,14-15).

Al profeta Isaías (6,9-11) le mandó el Señor a decir esas duras palabras al pueblo de Israel, por su inconstancia en seguir al Señor y cumplir sus preceptos.

No podemos culpar a Dios de ser demasiado exigente con el pueblo que El mismo había elegido para que fuese “su pueblo”, pues sobre él derramó todas sus gracias.

¿A cuál sino a este pueblo le hizo saber Dios que lo amaba con un amor paternal? ¿A cuál sino a este pueblo le hablaba El por medio de los profetas para que lo guiase por los caminos del bien? ¿A cuál sino a este pueblo le envió al final su Hijo, para darle la última oportunidad de ser el fermento del nuevo Pueblo de Dios redimido por la sangre redentora de Jesús?

Pero tanto en tiempos de Isaías como en el de Jesús el pueblo seguía con el corazón y la mente embotados por preocupaciones puramente materiales, y sus oídos cerrados al mensaje de salvación que se le estaba ofreciendo?

No es que todos los judíos negaran la necesidad de conversión. Por el contrario, ya se había visto que cuando Juan el Bautista comenzó a predicar y bautizar en el desierto, junto al río Jordán, hubo muchedumbres que fueron a mostrar su arrepentimiento.

Y lo mismo pasó con Jesús. Los evangelios repiten una y otra vez que le seguían grandes multitudes, ansiosas de conocer la Buena Noticia que El les estaba enseñando.

Pero los pueblos a veces se dejan guiar por líderes que actúan en contra de sus mejores intereses, y así pasó con los judíos que seguían a Jesús. Los líderes del pueblo, sacerdotes, doctores de la ley, saduceos, fariseos, herodianos y otros, temerosos de perder sus privilegios ante la popularidad de Jesús, usaron de todos los medios a su alcance para no perder el control que ejercían sobre el pueblo.

Así lograron que la gente, por temor o por bastardos intereses, llegado el momento, perdieran su fe en Jesús, y hasta clamaran por su muerte, o al menos no hicieran nada para evitarla.

El pueblo de Israel, con todo, no ha sido abandonado por Dios. Algún día la conversión llegará al corazón de los hijos de Israel, y reconocerán a Quien, nacido como uno de su raza y nación, dijo a la samaritana: “la salvación viene de los judíos” (Juan 4,22).